

(JUAN MANUEL QUERO , 19/12/2012) Navidad es el cumplimiento de una profecía ya pronunciada en el A.T. Aunque por otro lado, no se ha cumplido en la vida de muchas personas. En estos días las calles se llenan de luces; pero, ¿qué luz hay en nosotros mismos? Me entristecía oír a un político decir que no creía en Dios, pero sin embargo sí que admitía toda la celebración navideña como algo bueno. La Navidad parece seguir siendo algo ajeno a la vida de la persona en sí, tratándose como si fuese un festejo más; y a pesar de su calidez, se desentraña de su significado real.

Navidad es algo muy humano, entendiendo esto desde la concepción bíblica, para vivir, para poner en práctica lo que Dios nos ofrece. Navidad nos habla también de la humanidad de Jesús en tiempo de crisis. El buey y el asno nos hablan de esto, y me parece un error que el Papa y la Iglesia Católica digan ahora que hay que quitarlos de la narración navideña. Lo que hay que quitar son otras cosas, como la idolatría y las muchas supersticiones que hay alrededor de tantas teologías que se apartan de la base bíblica. Pero que nadie quite al asno y al buey (Isaías 1:3), porque estos son símbolos de Jesús en medio de nuestra necesidad, manifestando la realidad de Emmanuel («Dios con nosotros»).

Sigue habiendo mucha gente, que al igual que los docetistas de los primeros años de la era cristiana, no pueden entender que Dios se hiciera carne. Presenta a Jesús como una especie de espíritu descarnado, pero Dios está junto al buey y al burrico, frente a pastores y personas necesitadas. Pero hacerse carne no le hace imperfecto. Tentado en todo, pero sin pecado, nos dice la Biblia; para socorrernos, para aun estando entre pecadores y en medio de tinieblas ser la luz, que disipa los obstáculos y nos abre camino.

